



II.

SOBRE EL TERRENO.

Cuando Maud Gorke salió del hotel de la calle de Leopardi, marchó primero en línea recta, rápidamente, ciega, sin oír nada, como un animal herido por una bala en su cama, que baja á lo largo de los jarales para huir del peligro, para huir de su herida, para huir de sí misma. Ciertas sorpresas del dolor moral son parecidas en su efecto inmediato á las del dolor animal. En uno y en otro caso existe el sobresalto de la vida herida en lo más profundo y que tiembla con un espasmo casi frenético. Eran poco más de las tres y media cuando la desdichada mujer huyó del estudio, incapaz de soportar la presencia de Lidia Maitland, de aquella siniestra obrera de la venganza que acababa de revelarla tan cruelmente, con pruebas irrecusables, la larga, la atroz, la infame, la inexpiable traición. Eran cerca de las seis cuando tuvo conciencia de sí misma. Una sensación vulgarísima despertóla de aquel sonambulismo del sufrimiento, en el que estaba desde dos

horas antes. La tormenta que había comenzado desde el medio día estalló al fin. Maud, que apenas había notado las primeras gotas, se vió precisada á buscar un abrigo cuando las nubes arrojaron una verdadera tromba, y fué á refugiarse en el extremo derecho de la columna de San Pedro. ¿Cómo había llegado hasta allí? Ella no lo sabía con precisión. Recordaba de una manera vaga que había errado por callejuelas, atravesado el Tíber, sin duda por el puente de Garibaldi; recorrido un vasto jardín, sin duda el del Janículo, y después que había caminado junto á las murallas... Había debido salir de la ciudad por la puerta de San Paneracio, y seguir hasta la de Cavallegieri, la línea sinuosa de los hermosos muros Urbanos. Aquel rincón de Roma, desde el que se divisaban por una parte los parasoles de la villa Pamphili, y de otra los últimos del Vaticano, sirve de paseo habitual, durante el invierno, á algunos Cardenales que van en busca del sol de la tarde, seguros de encontrar poca gente. En el mes de Mayo aquello es un desierto abrasado por el sol, que roe los ladrillos, chamuscados ya por dos siglos de aquella implacable luz, y acaricia las escamas de los lagartos verdes ó grises, dispuestos á correr entre las abejas del blasón del Papa Urbano VIII, de la familia Barberini. El instinto de la señora Gorka la había al menos llevado á un sitio donde no había de encontrar á nadie. Reconocía los objetos que la rodeaban, el cuadro tan familiar á su devoción de católica ferviente: la vasta plaza, el obelisco de Sixto V en el centro; las fuentes, el pórtico circular coronado de estatuas de Obispos y de mártires; el palacio del Vaticano en un ángulo, y allá abajo la fachada de la gran catedral pa-

pal, con el Salvador y los apóstoles en pie sobre el augusto frontispicio. En cualquiera otra ocasión la piadosa mujer hubiera visto en la casualidad que la había llevado á aquel sitio una influencia de lo alto, una invitación á entrar en la iglesia para pedir en ella fuerzas en el dolor al Dios que ha dicho: "El que quiera seguirme, renuncie á sí mismo, tome su cruz, y sígame..." Pero estaba en la crisis primera del dolor agudo de la desgracia, momento en que es imposible rezar, por efecto de la rebelión de nuestra naturaleza. No vemos primero más que la injusticia de la suerte; estremécese nuestro ser hasta el fondo; nuestra alma se rebela contra el golpe que la hiere. Y esta rebelión era más invencible y fogosa en Maud por lo repentino del mortífero golpe recibido. De ordinario la prueba de la traición de su marido llega á una mujer honrada de un modo paulatino: viene precedida de la sospecha. El infiel descuida su hogar; sus costumbres cambian; infinitos detalles despiertan en la esposa ultrajada la idea de una rival, que los celos femeninos olfatean con más sagacidad que un perro olfatea al extraño que ha entrado en su casa. En fin, aunque en el paso de la duda á la certeza hay un destrozo de todo corazón, al menos éste está preparado, y Maud no había experimentado esta preparación, esta adaptación, por decirlo así, de una alma á la horrible verdad. El cuidado que la Condesa Steno tuvo en unirla con Alba había suprimido estos pequeños indicios. Boleslas no había tenido necesidad de cambiar su vida de familia para ver á su querida en una intimidad provocada por su mujer misma. Así es que esta última fué engañada de un modo total, absoluto, asistiendo al adulterio de su

marido con una de esas ilusiones tan completas que parecen inverosímiles á los extraños y á los indiferentes. No se dan éstos cuenta de la insensible costumbre que las produce. El despertar de estas ilusiones es el más terrible. Tal hombre, que toda la sociedad creía un marido complaciente; tal mujer que pasaba por una esposa indulgente, cometen de repente una muerte, un suicidio con el mayor asombro del mundo, que hasta entonces dudaba reconocer en este acceso de locura la prueba del rayo más terrible, instantáneo en estas consecuencias, que el del amor: la súbita desilusión. Cuando el desastre interior no se trasluce fuera por actos de esta violencia, viene á ser la irreparable destrucción de nuestra última juventud del alma, la idea de que todo nos puede hacer traición, puesto que hemos sido engañados de tal forma. Esta imposibilidad para esperar y para creer por muchos años, por toda la vida á veces, es lo que hacía que Maud Gorka quedase allí, en el fin de aquella tarde, apoyada en un pedestal de columna, mirando caer la lluvia en vez de subir á la Basílica universal, donde los confesores de todas las lenguas ofrecen el perdón á todos los pecadores y remedio á todos los dolores. Arrodillarse es estar algo consolado, y la pobre mujer estaba aún en la primera estación del calvario.

Miraba caer la lluvia y encontraba un salvaje consuelo en aquella formidable catarata que parecía un cataclismo de la Naturaleza. Los relámpagos iluminaban la atmósfera, y el ruido de los truenos mezclábase al latigazo del agua, impulsada por el viento. Las imágenes empezaron á ordenarse de nuevo en su espíritu, después del ciego torbellino del sufrimiento

que había experimentado desde la primera mirada que arrojó sobre la carta denunciadora. Cada palabra de ésta estaba allí, ante sus ojos, quemándolos hasta hacerlos cerrar de dolor. Los dos últimos años de su vida, que eran aquellos durante los que había sostenido relaciones con la Condesa Steno, volvían á su pensamiento, iluminados con una claridad que le arrancaba sin cesar estas palabras, que pronunciaba gimiendo:— ¿Cómo ha podido él? Vea de nuevo Venecia y su estancia en esta ciudad, donde Boleslas la había conducido después de la muerte de su hija, á fin de que en aquella atmósfera se calmase la crisis aguda de su pena.— ¡Qué buena le había parecido en aquella época la señora Steno y qué delicadeza demostró comprendiéndola y consolándola! Sus relaciones superficiales de Roma habíanse transformado poco á poco en amistad. Allí, sin duda, tuvo comienzo la traición. La ladrona de su amor se había introducido bajo pretexto de aquella compasión, en la que tanto creyó Maud. Viendo á la Condesa tan generosa, supuso calumnias los clamores del mundo acerca de la caritativa persona. ¡Y en aquél momento le robaba á Boleslas! Recordó mil detalles no comprendidos hasta entonces: los paseos de los dos amantes en góndola, que no había ni soñado recriminar; una visita que Boleslas había hecho á Pieve y de donde no había vuelto hasta la mañana siguiente, protextando haber llegado tarde al tren; los apartes en el balcón del palacio Steno por la noche mientras ella hablaba con Alba. Sí: era en Venecia donde el adulterio había comenzado ante ella, que nada advirtió; en Venecia, y mientras Maud sentía el corazón lleno de amargura por la pérdida de su ángel.—

¡Ah!... ¿Cómo ha podido?—gemía de nuevo, y las imágenes se multiplicaban. En su inteligencia se abrían, por decirlo así, todas las ventanas que la perfidia de Gorka y de la Condesa habían tapiado tan cuidadosamente. Volvía á ver los meses que siguieron á su regreso á Roma y sus costumbres, tan cómodas para dos cómplices. ¡Cuántas veces se había encargado de llevar á paseo á Alba, desembarazando así á la madre de la única vigilancia que podía molestarla, y á su marido de su propia presencia! ¿Qué hacían los amantes en aquellas horas? ¿Cuántas veces al regresar al palacio Doria, había encontrado á Catalina Steno en la biblioteca, sentada en un diván junto á Boleslas, sin sospechar que aquella mujer había ido, durante su ausencia, para abrazar á aquel hombre, para hablarle de amor, para entregarse á él, sin duda, con el atractivo de la infamia y del peligro! Volvía á recordar el episodio de su encuentro en Bayreuth el último verano, cuando ella había marchado á Inglaterra con su hijo, y su marido se encargó de conducir de Roma á Baviera á Alba y á la condesa. Se habían citado todos en Nuremberg. El departamento del hotel donde se habían encontrado se presentó á la memoria de Maud, y la alcoba de la señora Steno, contigua á la de Boleslas. La visión de sus caricias, prolongadas en la libertad de la noche, mientras que la inocente Alba dormía al lado y ella iba en un vagón con Luc, le arrancó de nuevo su grito:—¡Ah! ¿Cómo ha podido?—En seguida la imagen de un tren rápido despertó en ella el recuerdo del reciente regreso de su marido, y le vió atravesando Europa por la denuncia anónima, para llegar veinticuatro horas más pronto junto á aquella mujer.

¡Qué más pruebas de pasión que aquel frenesí que no le había permitido soportar por más largo tiempo la duda y la ausencia!... Preciso era que amase mucho á su querida, que no le amaba á él, puesto que le engañaba con Maitland. ¡Y se iba á batir por ella!... Los celos atormentaron en aquel instante su corazón de mujer con un sufrimiento más fuerte todavía que el de su indignación. Ella, la inglesa, alta, robusta, casi viril, por la forma de su cuerpo, de miembros poderosos, pero pesados, se comparó mentalmente con aquella italiana de redondo talle, de finos ademanes de delgadas manos y pies pequeños, con aquella que en cada uno de sus movimientos mostraba un secreto efluvio de voluptuosidad, y cesó de gemir su ¿cómo ha podido? de hacía un momento. Acababa de tener la lúcida intuición del poder de su rival. Esta es la suprema agonía para una mujer honrada que se siente manchada por el solo pensamiento de la embriaguez que su marido ha gustado en brazos más hermosos, más acariciadores que los suyos. Esta fué también la señal de una energía en la voluntad de aquella alma tan atormentada, pero tan activa. Experimentó una repugnancia tan violenta, tan profunda, tan completa por aquella atmósfera de mentira y de lujuria, en la que Boleslas había vivido dos años, que se irguió repentinamente, sintiéndose fuerte é implacable. Desafiando la lluvia, comenzó á marchar en dirección á su casa, con esta resolución tan firme como si la hubiera pensado meses y meses:

—No estaré un día más junto á ese hombre. ¡Mañana partiré para Inglaterra con mi hijo!

¡Cuántas han pronunciado esas mismas palabras en

situaciones semejantes, para renegar de ellas en cuanto se han encontrado frente á frente del hombre que las ha engañado y al que aman!

A pesar de su pasión, Maud no era de éstas. Ciertamente que amaba también profundamente al seductor de Boleslas, con el que se casó á disgusto de sus padres, á aquel pérfido al que todo se lo había sacrificado, viviendo lejos de su país y de su familia desde hacía muchos años, porque así lo quiso él, no existiendo, no respirando más que para él y para su hijo. Pero había en ella, como lo revelaba su barbilla, un poco larga y cuadrada, su nariz corta y la energía de su frente, esa fuerza de inflexibilidad propia de los caracteres leales. El amor debía ser en ella sofocado por la repugnancia, ó al menos—pues no somos los dueños de nuestros actos,—debía considerar como una bajeza el hecho de continuar amando al que despreciaba, y en aquel momento el desprecio era lo que dominaba en su corazón. Tenía en el más alto grado la gran virtud que se encuentra en todo donde hay nobleza íntima, y de la que los ingleses han hecho la base de su educación moral: la religión, el fanatismo de la lealtad. Si había observado en su marido, con dolor, las exageraciones del lenguaje, la falsedad de los sentimientos, una peligrosa libertad de conciencia, sufrió al verlo, pero le perdonó estos defectos con la magnanimidad del amor, atribuyéndolos á una mala educación. Gorka, muy niño, habíase encontrado en un drama de familia: su padre y su madre vivían separados, sin que ni el uno ni el otro tuviese la dirección exclusiva del niño. Mas, ¿cómo encontrar ahora indulgencia para aquella vergonzosa hipocresía de dos

años, para la infamia de aquella traición en el mismo hogar doméstico, para aquella deslealtad continua, pensada, voluntaria, de todos los momentos? Así es que Maud sentía, al través de su desesperación, la especie de tranquilidad que produce la certeza de un inquebrantable y justo partido, cuando llegó al palacio Doria. ¡Qué drama, no obstante, había habido en su corazón desde su partida! Y con una voz casi tan tranquila como de ordinario, preguntó:

—¿Está en casa el señor Conde?

¡Qué emoción experimentó cuando el criado, después de haber respondido afirmativamente, añadió:

—También están la señora y la señorita Steno, que esperan á la señora en el salón.

A la idea de que la mujer que le había robado á su marido estaba allí, la esposa engañada sintió que la sangre se le subía á la cabeza, según la vulgar, pero enérgica expresión del pueblo. Era natural que la madre de Alba fuese á hacerle su acostumbrada visita, y más natural que hubiese ido en tal día, pues probablemente habría llegado á su oído el rumor del duelo señalado para el siguiente. Sin embargo, su presencia en aquel momento, despertó en Maud un movimiento de indignación tan apasionado, que su primer impulso fué entrar, arrojar de su casa á la querida de Boleslas, como se arroja á un criado al que se sorprende robando. De repente la imagen de Alba se ofreció á su pensamiento, de aquella dulce y pura Alba, de alma tan blanca como su nombre, y de la que era la amiga más querida. En el tumulto de sus ideas desde la funesta revelación, había pensado varias veces en la joven. Pero su pesar había absorbido todas